

PETER E. GORDON Y JOHN P. MCCORMICK (eds.), *Weimar Thought: A Contested Legacy*, Princeton University Press, Princeton, Woodstock, 2013. 451 páginas.

En la introducción a este volumen, Peter E. Gordon y John P. McCormick¹ definen “el asombroso fermento intelectual de la Alemania de entreguerras” (p. 1)². La República de Weimar fue, a su parecer, “posiblemente el más destacado crisol de innovación intelectual en teoría política y sociología, crítica cultural y teoría del cine, psicología y teoría legal, física y biología, y el modernismo en todas sus formas” (ibidem)³.

El libro consta de diecinueve ensayos divididos en cuatro bloques temáticos: el primero dedicado a la ley, la política y la sociedad; el segundo, a la filosofía, la teología y la ciencia; el tercero, a la estética, la literatura y el cine; y el cuarto a asuntos sociales, culturales y políticos de una manera amplia, incluyendo reflexiones sobre el orientalismo, el feminismo y el nacionalsocialismo.

En la primera parte, centrada como ya hemos mencionado en los aspectos legales, políticos y sociales de la era de Weimar, destaca el artículo de John P. McCormick sobre la jurisprudencia de la Alemania de entreguerras. En él, McCormick estudia la aportación de juristas liberales y socialdemócratas como Richard Thoma (1874-1957) y Hermann Heller (1891-1933) en el ámbito de la

regulación política, la integración social y la redistribución económica; un campo dominado entonces por las teorías de Hans Kelsen (1871-1973) y Carl Schmitt (1888-1985).

El artículo que David Kettler y Colin Loader dedican a la sociología en Weimar incluye una inmejorable introducción a tres pensadores fundamentales de la era moderna: George Simmel (1858-1918), Max Weber (1864-1920) y Karl Mannheim (1893-1947). Mitchell G. Ash, por su parte, esboza un fresco de la psicología de este período. Este se presenta como una división entre los defensores de una vuelta al pensamiento holístico, a través de diferentes técnicas —como la corriente Gestalt, propuesta por la escuela de Berlín— y quienes pretendieron, con menos éxito del esperado, usar la psicología como una estrategia de racionalización para la sociedad. En esta segunda corriente encontramos desde la psicología humanista de Eduard Spranger (1882-1963), heredera de la filosofía del Período Guillermino, hasta las teorías raciales de Hans F. K. Günther (1861-1968) y Gerhard Pfahler (1897-1976).

La segunda parte de la obra estudia las aportaciones en filosofía, teología y ciencia. Cabe destacar el ensayo de John

¹ Peter E. Gordon es profesor de Historia en la Universidad de Harvard. John P. McCormick es profesor de Ciencia Política en la Universidad de Chicago.

² “The astonishing intellectual ferment of interwar Germany circa 1919-33”.

³ “Arguably the foremost crucible of intellectual innovation in political theory and sociology, cultural criticism and film theory, psychology and legal theory, physics and biology, and modernism in all of its diverse forms”.

Michael Krois (1943-2010), quien fue profesor de la Universidad Humboldt de Berlín, sobre la aportación de Ernst Cassirer (1874-1945) a la filosofía de la cultura, un tema en el que Krois fue reconocido como uno de los mayores expertos mundiales.

Continuando con la temática de esta parte del libro, Peter E. Gordon ofrece un panorama de la teología en Weimar donde destaca el pensamiento judío de la época. En él descollaban grandes filósofos como Martin Buber (1878-1965), Franz Rosenzweig (1886-1929) y Walter Benjamin (1892-1940). Gordon incluye asimismo una sugestiva reflexión sobre del papel de los teólogos frente al ascenso del nazismo, abordando la figura del profesor de la Universidad de Gotinga Emanuel Hirsch (1888-1972), el teólogo luterano que abrazó con mayor entusiasmo la causa nacionalsocialista.

El siguiente artículo nos ofrece una aportación valiosa en la que conviene detenerse. Frederik Beiser, profesor de la Universidad de Siracusa, presenta un acercamiento arriesgado y heterodoxo al neokantismo, una visión que escapa de la versión comúnmente aceptada según la cual se trata de un pensamiento pacífico y cosmopolita similar al de Immanuel Kant (1724-1804). El neokantismo, cuya era de gloria se sitúa entre 1860 y 1910, pasó a la irrelevancia tras la Gran Guerra. Beiser cuestiona el relato tradicionalmente asumido según el cual esta corriente fue completamente arrastrada por la irracionalidad. Sin soslayar el descenso de ciertos neokantianos al fanatismo, Beiser defiende la solidez de la filosofía neokantiana y

reivindica el valor de corrientes que se han asociado, de una manera algo tópica y vulgar, al totalitarismo nazi, como el historicismo y el nihilismo.

La tercera parte del libro se ocupa de la estética, la literatura y el cine. Karin Gunemann traza un recorrido sobre los principales escritores de la época. Las críticas al sistema judicial de la República por parte de Kurt Tucholsky (1890-1935), la representación del Berlín de entreguerras en la obra de Alfred Döblin (1878-1957) (especialmente en su novela *Berlin Alexanderplatz*), así como el enfrentamiento entre los hermanos Mann, sirven de ejemplos para destacar la fina línea que separa la literatura de la política.

Michael Steinberg, por su parte, analiza el pensamiento de Aby Warburg (1866-1929), incidiendo en lo que los editores del libro definen al comienzo como la “audacia investigadora que, en la jerga actual, podría caracterizarse como ‘interdisciplinaria’” (p. 1)⁴.

En esta parte puede sorprender el capítulo que Martin A. Ruehl dedica a una figura marginal como el poeta Stefan George (1868-1933). Sin embargo, aunque como autor no deje de ser un figura menor, es innegable que proyectó una destacada influencia sobre la vida cultural alemana y, en especial, sobre autores como Bertolt Brecht (1898-1956), Franz Kafka (1883-1924) y el citado Walter Benjamin.

El cine también tiene su lugar en esta obra. Sabine Hake divide la teoría filmica de Weimar en la obra de tres autores: Siegfried Kracauer (1889-1966), que entendía el cine como una parte integral de la vida

⁴ “Boldness of inquiry that would, in current jargon, be characterized as ‘interdisciplinary’”.

moderna, a la altura de otros fenómenos como la arquitectura, el urbanismo o la moda, y que por tanto requería una aproximación sociológica, fenomenológica y vitalista; Béla Balázs (1844-1949), para quien el cine era parte de un movimiento cultural que llevaría a la emancipación de la masa, en la medida en que contribuía a la visibilidad del individuo; y Rudolf Arnheim, cuyo interés por la técnica se debía a una preocupación por la instrumentalización de un medio artístico. Esta sensibilidad le llevó a oponerse al cine con sonido. El ensayo de Hake resulta clarificador. Exceptuando el caso de Arnheim, cuya influencia se extiende al arte abstracto posterior a la Segunda Guerra Mundial, no son conocidos los ensayos de Kracauer sobre el cine de Weimar ni tampoco lo es la figura de Balázs, quien debido a su exilio en la Unión Soviética se mantiene en cierta oscuridad para el lector occidental.

El desarrollo de la arquitectura también fue muy relevante en este período. John V. Maciuika se sitúa en el auge de nuevos movimientos arquitectónicos, espoleados por el creciente descrédito que merecía el arte tradicional alemán, que se asociaba al nacionalismo del derrotado Imperio Guillermino. Tras el auge del expresionismo, el cubismo, el dadaísmo y el constructivismo, la arquitectura modernista de la escuela Bauhaus era, según Maciuika, “representativa de un conjunto de dialécticas de mayor tamaño operando

en la Alemania de Weimar: entre la modernidad y la tradición; entre generaciones más jóvenes y mayores; entre los nuevos medios tecnológicos y las bellas artes académicas; y entre las definiciones progresistas y conservadoras de la sociedad alemana de posguerra” (p. 311)⁵.

El cuarto y último bloque se ocupa de los temas sociales de la República de Weimar. Susanne Marchand analiza el concepto de “orientalismo” alemán, la fascinación por el Este que Hermann Graf Keyserling (1880-1946) formulase para el ámbito germánico que se basaba en una visión romántica de las tradiciones china, india, egipcia e islámica y que se cultivó en los años veinte. Si bien el orientalismo puede entenderse como un movimiento superficial, obviando exploraciones más profundas como las realizadas por Hermann Hesse (1877-1962) en sus novelas, la autora opina que, debido a su éxito, “los centroeuropeos estaban aprendiendo a escuchar las voces del este” (p. 354)⁶, comprendiendo que el imperialismo occidental no solo estaba destruyendo tradiciones y culturas venerables, sino tratando de reemplazarlas.

En este bloque también encontramos un estudio sobre la situación de las mujeres. Tracie Matysik analiza la “cuestión femenina” y esboza el papel del feminismo en Weimar a través de Marianne Weber (1870-1954), Helene Stöcker (1869-1943) y Lou Andreas-Salomé (1861-1937).

⁵ “Representative of a set of larger dialectics operating in Weimar Germany: between modernity and tradition; between younger and older generations; between new, technological media and the academic fine arts; and between progressive and conservative definitions of post-war German society”.

⁶ “Central Europeans were learning to listen to the East’s voices”.

Todas ellas vieron en la feminidad un producto de un desarrollo histórico, no un concepto biológico. Sus posiciones democráticas lanzaron un desafío al concepto establecido de lo político, cuestionando el papel asignado a la mujer.

El historiador Martin Jay, profesor en la Universidad de California, presenta uno de los mejores ensayos del libro, donde analiza el papel de la izquierda en Weimar, y niega que esta fuese culpable del ascenso de los nazis. Los responsables serían los partidos de centro y derecha, “que calcularon erradamente los costes de admitir a los nazis en el círculo de los partidos de gobierno” (p. 390)⁷.

El libro se cierra con una necesaria mirada al Tercer Reich, a cargo de Anson Rabinbach. Afortunadamente el autor huye de la visión teleológica tan habitual en ensayos sobre el tema. A su parecer, no cabe aludir a una inevitable tragedia para explicar el fracaso de la República de Weimar. El ascenso del nazismo se debe a una gran cantidad de causas. Entre ellas, Rabinbach destaca sus programas educativos y la exitosa difusión de su ciencia racial, su labor propagandística y el manejo de sus medios de comunicación, la labor de sus élites intelectuales y la eficacia de su cultura a la hora de apropiarse con soltura de elementos externos.

Weimar Thought es, en definitiva, una buena introducción a la bullente vida intelectual de la República de Weimar. El libro cuenta, además, con autoridades reconocidas en su tema. Destacan, a este respecto, Cathryn Caron, una gran conocedora de la

ciencia en Weimar; y es difícil encontrar mayores expertos en Mannheim y Cassirer que Loader y Krois, respectivamente.

La diversidad de los temas tratados obliga a la brevedad. Debido a ello, ningún ensayo pasa de ser una mera invitación a profundizar, algo que resulta insuficiente quizás para lectores poco familiarizados con la materia. Por esta razón, destaca el esfuerzo de algunos autores por evitar un mero prontuario de ideas comunes y ofrecer tesis novedosas, a pesar de las limitaciones de espacio. Este es el caso de Frederik Beiser en el sexto capítulo o el de Anson Robinbach en el decimonoveno.

Weimar Thought sirve de introducción a la cultura de Weimar, pero la debilidad del tercer bloque le impide ofrecer la visión global que pretende. Quizá habría sido recomendable analizar la importancia de Kurt Weill (1900-1950) en la escena musical alemana y su innegable influencia política. Lo mismo puede decirse del auge del atonalismo: la completa ausencia de nombres como Alban Berg (1885-1935) o Arnold Schoenberg (1874-1951) resulta inexplicable. Cabría, asimismo, profundizar en la figura de Bertolt Brecht, que apenas recibe alguna mención. El estimulante capítulo dedicado a la crítica filmica tampoco hace explicables las faltas de F. W. Murnau (1888-1931) y Fritz Lang (1890-1976). El expresionismo alemán, brevemente esbozado al inicio del capítulo dedicado a la Bauhaus (pp. 296-297), parece merecedor de un capítulo propio. El auge de la educación Waldorf en la República parece evidente, pero el nombre de Rudolf

⁷ “Who seriously miscalculated the costs of admitting the Nazis into the circle of governing parties”.

Steiner (1861-1925) ni aparece en el índice analítico.

Aunque el segundo bloque cuenta con los artículos de mayor calidad de todo el volumen, queda injustificada la ausencia del Círculo de Viena. Respecto al último cuarto, cabría plantearse la pertinencia de un capítulo acerca de la “cuestión judía” y alguna referencia a nombres como Norbert Elias (1897-1990), Karl Lowith (1897-1973), Franz Rosenzweig (1886-1929) o

Gershom Scholem (1897-1972).

La loable voluntad de englobar una gran cantidad de temas no justifica ausencias tan llamativas. Sin embargo, la calidad de muchos de sus artículos hacen de este libro una sugerente introducción a un contexto político, social y cultural de enorme interés.

NADIA KHALIL TOLOSA